

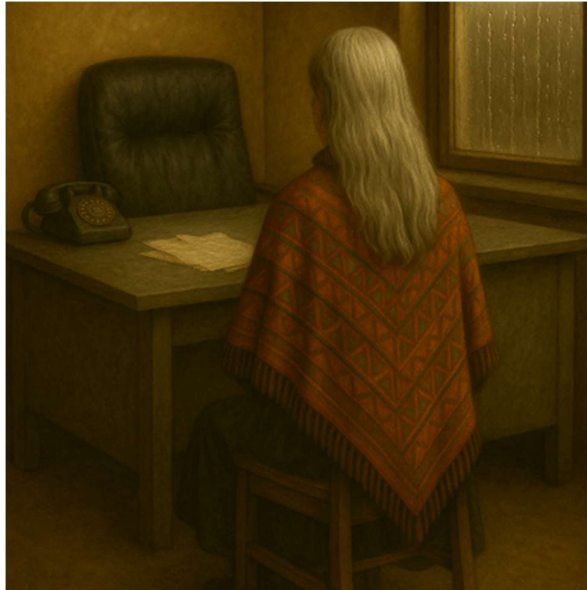
HA DEJADO DE LLOVER

Una novela corta por entregas del inspector Bernardo Bédavo

por

Marcelino Cortina

1 - La premonición



Aquel martes de finales de mayo de 1982 el cielo sobre El Entrego amaneció gris. No hacía mala temperatura, pero podía intuirse que la lluvia haría su aparición de un momento a otro.

El inspector de Policía Bernardo Bédavo, que hacía casi dos meses había cumplido los veintisiete, llevaba un mes a contracorriente luciendo un incipiente bigote que se había empeñado en dejarse pese a las opiniones contrarias de casi todo el mundo.

No de todo el mundo: Pepe, el Minero, su compañero de pensión, le había dicho aquello de «usted tiene cara para bigote». Le costó algunas semanas decidirse, pero Bernardo acabó por dejarse crecer el mostacho. Y no estaba insatisfecho.

Enfundado en su traje marrón ceniciento (el otro era azul marino, ambos baratos), el inspector llegaba esa tarde a la entrada de la comisaría cuando la música de *Riders on the Storm* de The Doors llegó a sus oídos. Miró a su alrededor pero no identificó la procedencia. Quizás alguna de las ventanas abiertas en las casas cercanas. Al oírlo, Bernardo miró al cielo, ya muy cubierto, mientras se tocaba distraídamente el bigote.

(«No sé si me gusta tan oscuro...»).

—Hombre, como no se tiña, rubio no le va a salir.

Como solía suceder cuando pensaba involuntariamente en voz alta, Bernardo no sabía por qué le hablaban.

—¿Eh?

El policía de guardia le señalaba el bigote. Bernardo se lo volvió a tocar mientras fruncía el ceño.

—No, no, me refería al cielo. —El inspector miró hacia arriba—. Que igual llueve.

Un mínimo encogimiento de hombros del uniformado precedió a la entrada de Bernardo en la comisaría. No esperaba encontrar a nadie en la sala de inspectores, pero el inspector Honrubia todavía no había ido a echarse su partida de cartas y allí estaba, en su mesa, con una chica sentada enfrente.

Honrubia, albaceteño de Hellín, era un inspector veterano, de más de cincuenta años y, aunque no estaba gordo en general, la panza prominente delataba su mucha afición por los placeres básicos (comida y bebida sobre todo). También le gustaba la radio y tenía un viejo radiocasete siempre encendido del que, en aquel momento, contra lo que era habitual, no salían palabras, sino únicamente música. Eran Supertramp y su *The logical song*.

—Vamos a ver, señorita... —En mangas de camisa y con la funda sobaquera al aire, Honrubia se puso las gafas de cerca y buscó entre los papeles desordenados que tenía sobre la mesa.

—Sánchez, Guadalupe Sánchez —dijo ella, que podía tener cualquier edad entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco, el pelo liso, largo y sorprendentemente canoso y una voz dulce aunque bastante ronca.

Aparte de fijarse en el pelo, Bernardo apreció mientras se sentaba la peculiar vestimenta de la interlocutora de Honrubia: vestía una especie de poncho de muchos colores, una falda gris larga hasta la pantorrilla y unas desgastadas botas camperas, oscuras.

—Eso: Sánchez —confirmó Honrubia—. Usted sabe que no puede denunciar algo que no ha ocurrido, ¿no?

—Pero es que va a ocurrir —replicó la chica.

—Ya. Antes del domingo. Estamos a martes y usted quiere denunciar un homicidio que va a ocurrir antes del domingo.

Bernardo fijó la atención al escuchar la palabra homicidio.

—Sí, señor. En mi casa.

—Ya... —Honrubia le dio un par de caladas a un Ducados recién encendido antes de continuar—. ¿Y cómo puede estar tan segura? Y no me diga que es vidente o bruja o qué sé yo qué, ¿eh?

—Yo lo que soy es muy sensitiva.

—Sensitiva —repitió Honrubia a la vez que, distraído, miraba el reloj—. ¡Coño, las cuatro y media!

Las prisas por no perderse la partida apuraron a Honrubia y en segundos apagó el cigarrillo, le alcanzó un bolígrafo a la chica y le puso un papel delante.

—Mire, ponga ahí su nombre, apellidos, dirección completa y teléfono si tiene. Nos ocuparemos, ¿de acuerdo? —explicó el policía, que ya se bajaba las mangas y cogía su americana del respaldo de la silla.

En un soplo los dos estaban en la puerta, al lado de la mesa de Bernardo.

—¿Sabe salir sola? —preguntó el panzudo inspector a un paso de empujarla fuera de la sala.

La mirada de la chica y de Bernardo confluyeron un instante. Tranquila, ella asintió y salió con calma. Todavía se veía su espalda cuando Honrubia hizo una pelota con el papel con sus datos y la tiró a la papelera. A la vez, un trueno enorme sonó en la calle y, por una ventana entreabierta, se oyó el repiqueteo insistente de la tormenta. La lluvia había llegado.

—No me mires así, BBC —dijo Honrubia al ver la cara que ponía Bernardo—. Esta está como una chota. Bastante follable, pero pirada perdida.

—No me llames BBC —respondió Bernardo mientras Honrubia, indiferente, ya se alejaba por el pasillo y él se agachaba a recoger el papel estrujado, que desembrolló y leyó mientras se colocaba el flequillo, para después guardarlo cuidadosamente doblado en un bolsillo de su chaqueta.

(«Guadalupe»).

—¿Quién es Guadalupe, Bernardo? —Era Lucía quien le preguntaba.

Ambos estaban tumbados en el sofá después de cenar, abrazados muy juntos viendo un documental sobre animales nocturnos cuya música de fondo era *Because the night*, de Patti Smith.

— ¿Eh...? Ah... Nada, trabajo. Una chica que voy a ver mañana.

Unos mapaches y la intérprete de Chicago ocuparon por un momento el salón, hasta que Lucía volvió a hablar.

— ¿Cuándo dejas la pensión y vienes a vivir aquí definitivamente? —dijo ella en su bonito asturiano.

Bernardo se tomó unos instantes para responder, mientras un pequeño ratoncito era capturado por una lechuza con la voz de Patti Smith de fondo.

— Me fastidia dejar solos a Pepe y a la Miguela —dijo al fin.

El tema musical fue subiendo de intensidad. Una pantera negra se movía sigilosa entre sombras.

— Sabes que tienes que dar el paso, ¿no?

Una bandada de murciélagos parecía querer salir de la televisión con los últimos y catárticos acordes de la canción.

— Sí.

2 - El gato



El barbero, enfundado en su bata azul cobalto, fumaba un pitillo a la puerta de su negocio, resguardado por el dintel de la intensa lluvia que caía. Las únicas personas que había visto aquella tarde de miércoles eran las que iban o venían de la estación del Norte de El Entrego, a dos pasos del viejo caserón en cuyos bajos tenía la barbería.

Bernardo, casi escondido bajo el enorme paraguas negro que había tomado prestado en la sidrería La Miguela, cruzó el paso a nivel junto a la estación para llegar frente a un edificio de tres plantas. Miró sucesivamente el papel arrugado que traía en su mano libre y la placa con el nombre de la calle. Era allí. En un rápido examen repasó la fachada y se paró frente al portal.

(«Vaya vejestorio»).

— 63 años.

Bernardo elevó un poco el paraguas para ver quién le hablaba. El barbero lo miraba tranquilamente mientras dos columnitas de humo gris salían de su nariz. A Bernardo le pareció que aquel hombre brillaba, no sabía si por el color eléctrico de su bata o si por el negro ébano, brillantísimo, del poco pelo que rodeaba su cráneo.

— Perdone, me refería al edificio — aclaró el policía.

— Correcto. Es de 1919 — explicó en asturiano el peluquero.

— ¿Sabe usted de arquitectura? — Bernardo usó también el asturiano.

—Ni una palabra. Lo estrenaron mis padres el mismo año que nací yo.

—Ah, ¿vive usted aquí?

—No, de pequeño nada más —aclaró el barbero.

—¿Y conoce a los que viven?

—¿Busca a alguien?

Bernardo no contestó a la respuesta-pregunta sino que, acostumbrado como estaba a los interrogatorios policiales, dejó al barbero, evidente hablador, cocinarse solo. Y, efectivamente, pasados unos segundos, pocos, el barbero explicaba con todo detalle que en el primero vivía Lucinda, la pescadera, que tenía su misma edad y era una buena mujer; en el segundo habitaba Olegario, jubilado de la mina y veterano cazador que tendría como ochenta años y era un antipático tocapelotas que se quejaba por todo; en el tercero, y último, vivía Lupe, una chica muy guapa que andaría por los cuarenta y trabajaba en la Telefónica en Oviedo.

—Juega al ajedrez, Lupe —remató el peluquero—. Muy lista.

—Es usted un hombre discreto, ¿eh?

El barbero hizo un gesto de suficiencia por toda respuesta.

—¿Sabe usted si Guadalupe estará en casa? —preguntó Bernardo mientras cerraba el paraguas y se resguardaba en el hueco del portal.

—¿Y quién es usted? ¿Por qué pregunta por Lupe?

Bernardo tocó el timbre del tercer piso.

—Hoy no la vi —añadió el hombre ante el mutismo de Bernardo.

Efectivamente, nada sucedió con el cierre.

—Puede entrar, la cerradura está estropeada —acabó por explicar el barbero.

Bernardo empujó entonces la puerta y esta cedió, así que le hizo un pequeño gesto de despedida al hombre con la cabeza y se dispuso a entrar.

—Pase un día por aquí —dijo entonces el peluquero al tiempo que tiraba la colilla—. Y le arreglo el bigote.

— ¿Cómo dice? — Bernardo se detuvo.

— Le queda bien, pero le hace falta un toque profesional. — Y el barbero entró en la barbería.

Un poco sorprendido, Bernardo se colocó el flequillo, se palpó con dos dedos el bigote, como para comprobar que seguía allí, y se adentró en el caserón. Allí se encontró con una vieja escalera de madera, con amplios descansillos en cada piso y un desproporcionado pasamanos igualmente de madera desgastadísima, con el lustre peculiar que da el brillo mortecino del uso intenso.

Al llegar al tercer piso comprobó extrañado que la puerta estaba abierta. Pulsó el timbre y la ausencia de respuesta le hizo empujarla un poco y asomar la cabeza.

— Hola...

Bernardo aguzó su oído. Nada.

— ¿Hay alguien...? — insistió.

Entró despacio. El pequeño recibidor llevaba a un salón de paso con una decoración a medio camino entre lo naíf y lo jipi, con un gran aparador librería repleto de libros de ajedrez y algunos pósteres en las paredes. Se detuvo unos instantes en dos de ellos: un cartel de la película *Con la muerte en los talones* y una gran foto del ajedrecista Bobby Fisher con la leyenda «*Chess is war over the board*».

Sintió de repente algo bajo uno de sus zapatos y descubrió un desorden que lo inquietó. Agachado, recogió la pieza de ajedrez que acababa de pisar y contempló cómo el suelo estaba lleno de otras piezas, un tablero caído y una pequeña mesita, sobre la que seguramente se encontraba todo ello, también volcada entre dos sillas enfrentadas. Un poco más allá, un gran samovar ruso y una taza y su cucharilla yacían revueltos encima de un pequeño charco.

El salón comunicaba con lo que Bernardo supuso que sería la habitación principal. Su primera visión, sobre el cabecero de la cama, fue otro cartel de película: *El crimen de Cuenca*, de Pilar Miró.

(«¡Anda!, esta la vi el año pasado»).

Y entonces lo vio. Sobre la almohada de la cama, hecha pero un tanto desordenada, estaba el gato.

Inmóvil, aquel gato blanco, persa, se encontraba en una posición muy crispada, con la boca abierta, dos patas extendidas y dos retorcidas y el lomo completamente arqueado. Lo tocó con un dedo. Estaba muerto. La lluvia repiqueteaba sin parar en la ventana.

— Ya sé que es raro lo que le pido, doctora. Pero es que, si no es a usted, ¿a quién se lo pido? — explicaba Bernardo en una cabina telefónica un rato después.

— ¿No será más fácil preguntar a los vecinos? — Era la médica forense del Sanatorio Adaro quien respondía.

— No estaban. Volveré mañana. Venga, me paso por ahí en un momento con el... asunto, ¿le parece? — Miró a sus pies, donde, al lado del paraguas mojado, reposaba una bolsa de basura con algo grande en su interior.

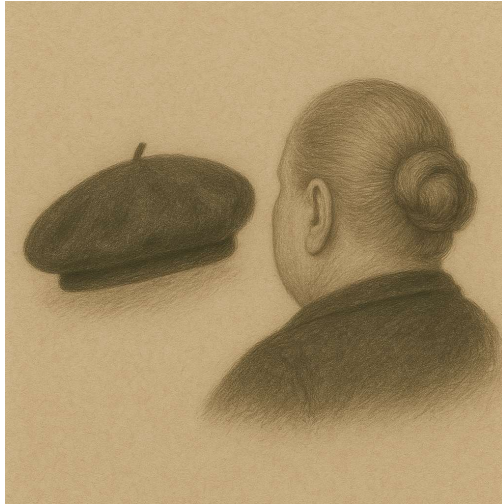
— Vaaale — contestó la médica dándose por vencida.

— Una última pregunta: ¿cómo se llamaría esto?, ¿*gatopsia*?

— Buenas tardes, inspector. — A lo que siguieron los habituales pitidos que indican el fin de la comunicación telefónica.

(«Pues debe de ser de otra manera»).

3 – Los dos veteranos



A aquella temprana hora de la mañana del jueves, la sidrería La Miguela de El Entrego, contigua a la pensión del mismo nombre, estaba muy tranquila. Su dueña, la veterana Josefa, la Miguela, limpiaba el mostrador en silencio mientras, en una mesa, Bernardo Bédavo desayunaba su habitual colacao con una sola magdalena y ojeaba concentrado un ejemplar del diario *La Nueva España*.

Al fondo de la sidrería, un ruido de agua característico precedía la salida del baño de Pepe, el Minero, el veterano compañero de pensión de Bernardo, que avanzaba ya con paso tranquilo apoyado en su bastón. Justo cuando pasaba al lado del policía, Pepe inclinó la cabeza lo suficiente como para que sus ojos azules observaran, por encima del gran bigote gris, el problema de ajedrez al que Bernardo dedicaba en esos momentos toda su atención.

—Dama dos caballo —dijo el Minero sin dejar de caminar.

Bernardo mordió la magdalena sin que pareciese reparar en el comentario, con la vista fija en el tablero reproducido en el periódico.

—Hagan lo que hagan las negras, es mate en la siguiente jugada. —Pepe se había detenido y, en su profundo asturiano, hablaba girado hacia el policía.

El inspector salió entonces de su ausencia y procesó despacio todo lo que había oído pero no escuchado. Al cabo, orientó su cabeza hacia Pepe, que ya continuaba su camino hacia una de las ventanas de la sidrería.

—¿Está usted seguro? —preguntó Bernardo finalmente.

— Mayormente —respondió Pepe con una media sonrisa en los labios al tiempo que contemplaba a través del cristal la incesante lluvia que parecía haberse asentado para siempre en El Entrego.

Bernardo volvió sobre el problema ajedrecístico y, como si tuviera una pieza de ajedrez en su mano derecha, movió adelante y atrás la magdalena, en una suerte de mímica que parecía reproducir posibles movimientos sobre un tablero imaginario. Poco después, los gestos cesaron y, despacio, asentía varias veces.

— ¡Vaya! Pues sí —aceptó—. No sabía que jugaba al ajedrez, Pepe.

— A Pepe todo lo de pensar se le da muy bien —intervino entonces Josefa, la Miguela, que, como sus dos clientes, usaba aquel asturiano tan característico de El Entrego.

— Ya. —Bernardo estaba muy de acuerdo con ella.

— Al revés que a ti lo de comer, rapaz. ¿Quieres acabar ese desayuno de una vez? ¡Ya estará frío ese colacao!

— Me gusta frío, Josefa, ya lo sabe.

— ¡Qué poca cabeza para alimentarse! —se lamentó la patrona—. Espero que Lucía te enderece un poco.

Bernardo encogió los hombros por toda respuesta al tiempo que mojaba y se metía en la boca el último trozo de magdalena.

— Las relaciones no son como el ajedrez —comentó entonces el Minero sin dejar de mirar por la ventana— ... No se puede especular con estrategias.

Bernardo apuró el colacao y fue entonces, al elevar la cabeza, cuando se percató de que sus dos interlocutores lo miraban ahora con intensidad.

— No sé... —Fue lo único que el policía atinó a decir.

— A ver, rapaz —lo interpeló la Miguela—, ¿tú sabes eso de «el casado casa quiere»?

— Alguna vez lo oí... ¿Por? —Bernardo no acababa de hilar.

— Porque tienes que ir a vivir con ella, hombre, que hay que decírtelo todo —respondió ya con total sinceridad Josefa.

— Pero... pero... —Bernardo dudaba—. ¿A usted no le importa que me vaya, Josefa?

—Yo ya soy muy mayor, hijo —explicó ella—. Tú tienes que hacer tu vida.

Bernardo miraba a ambos sin tener muy claro por dónde continuar la conversación.

—De todas formas..., nosotros no estamos casados —acertó a decir el inspector para intentar una salida favorable.

—¡Ah, mira! Pues ahí tienes más para pensar, rapaz —sancionó ágil la Miguela.

—No sé si la entiendo —musitó Bernardo entre dientes, más para él mismo que para Josefa.

—Yo más... no te puedo decir —remató la hostelera.

El silencio, solo alterado por el ruido de fondo del río, constante en su fluir, volvió a la sidrería. Como en una coreografía sincronizada, Josefa, la Miguela, volvió con la limpieza tranquila de su mostrador y Pepe, el Minero, emprendió el camino hacia la puerta del local. El acompasado toc, toc de su bastón sobre el suelo captó la atención de Bernardo.

—¿Y usted, Pepe? —reclamó el policía—, ahí tan callado, ¿usted qué opina?

Pepe continuó su camino sin alterarse lo más mínimo, para pararse justo frente al paragüero, ya al lado mismo de la puerta de la calle. En ese instante, se volvió hacia Bernardo.

—Lo que opine Lucía es lo importante —explicó el Minero sin más detalle.

Dicho esto, Pepe, girado nuevamente hacia el paragüero, eligió al azar un paraguas de los tres o cuatro que allí había y abrió la puerta de la calle, dispuesto a marcharse. Un manto de lluvia fina tamizaba la vista de la calle, el río y los árboles del parque al otro lado del cauce fluvial.

—¡Un momento! —soltó de improviso Bernardo con el tono y la cara del que cree haber descubierto algún tipo de contubernio.

La orden hizo que la Miguela frenase su trajín y levantase la vista para mirar otra vez fijamente a Bernardo, al tiempo que detuvo a Pepe, a punto ya de pisar la acera. El Minero, sin embargo, se mantuvo de cara a la calle, puesto que un coche policial se detenía ya delante de la sidrería.

Bernardo, ajeno al movimiento en el exterior, se puso en pie y, con el dedo extendido, señaló alternativamente a Pepe y a la Miguela.

— ¡Ustedes dos se han puesto de acuerdo!

Pepe seguía inmóvil en el hueco de la puerta y, frente él, había llegado ya Tino procedente del coche patrulla. El policía nacional, buen amigo de Bernardo, contemplaba con curiosidad la escena desde sus más de dos metros de altura.

Pasados unos instantes de inmovilidad colectiva, Pepe se colocó la boina adelante y atrás, abrió el paraguas, dio un paso y, antes de marcharse con su habitual calma, miró un segundo a Bernardo con expresión de pillo y sentenció:

— Mayormente.

4 - La insignia



Sentados a una mesa, Bernardo miraba muy de cerca el pequeño objeto que Tino le había traído dentro de una bolsita de plástico mientras el policía nacional daba cuenta de un pincho de carne guisada recién hecha que le había pedido a la Miguela. Muy temprano esa mañana, la forense había dejado en comisaría la evidencia embolsada para el inspector Bédavo.

— ¿Así que te dijo que esto lo sacó de la garganta del gato? —inquirió Bernardo.

— Mmm. — Tino asintió con la boca llena.

— Pero que el bicho no había muerto por accidente...

Tino terminó de tragar un bocado antes de contestar.

— Según ella — explicó el policía nacional — esto se lo metieron a la fuerza en la garganta. Tenía muchas heridas en la boca, la lengua y el esófago.

— Joder. ¿Dijo más? — Bernardo tenía la bolsita frente a su nariz sujeta entre dos dedos y la miraba con el ceño muy fruncido.

— Según ella el gato debió estar un rato pasándolas de a kilo sin oxígeno y, al final, se le paró la patatilla. — Tino continuó con lo poco que le quedaba del pincho.

— Humm... Todo aquel desorden... Un asesino de gatos... — Dijo el inspector despacio, para después dirigirse a Tino con un tono más vivo — : Oye, ¿vas para la comisaría?

— Sí, ¿por?

— Antes llamé a la Telefónica en Oviedo y resulta que la dueña del gato lleva dos días sin aparecer. Toma esto. — Bernardo sacó un papelito de su americana —: Me dieron modelo, color y matrícula de su coche. Pon un aviso regional.

— ¿Meto a los primos? — preguntó el policía nacional al tiempo que cogía el papel.

— Sobre todo a los primos, Tino. Son los que tienen Agrupación de Tráfico.

— ¡Qué pereza me dan! ¿Tú no vas a la comisaría hoy?

— Voy a ver si me entero de algo más sobre el «arma homicida» — respondió Bernardo con un ligero soniquete mientras agitaba la bolsita, en cuyo interior bailaba una pequeña insignia de solapa que reproducía unos escaques, un caballo, una torre e incluía una minúscula leyenda: PEÑA AJEDREZ MÁXIMO LÓPEZ EL ENTREGO.

Aquella peña de ajedrez tenía su sede dentro de la antigua Casa Sindical. Allí, rodeados de mesas con tableros listos para la partida y de algunas parejas que jugaban, Bernardo se había encontrado con el chico de gafas que vivía en el mismo piso que Lucía. Le señalaba un despacho al fondo.

— Allí tiene al secretario — le explicaba el chaval en su habitual asturiano.

— Gracias. Oye, ¿tú no tendrías que estar en el instituto? — Bernardo usaba el asturiano también.

— Tengo hora libre. Estoy exento de gimnasia.

— Ah, ¿alguna lesión?

— ¡Qué va! — desdeñó el chico —. Que no me gusta y me lo monté para...

— Deja, deja, no quiero saber. De todas formas, un punto a tu favor que en la hora libre vengas a jugar al ajedrez en lugar de ir a una sala de juegos o yo qué sé, ¿eh?

— No, si vine a darme de baja — se sinceró el vecino de Lucía —. Es que todos los torneos son a la hora del cine y, puestos a decidir, prefiero el cine.

— Ah... Siendo así... — Fue lo único que atinó a decir Bernardo antes de colocarse el flequillo y despedirse.

El secretario de la peña empleaba un lenguaje serio, formal y correcto. Vestido con pantalones de tergal, camisa blanca muy planchada, corbata lisa con el nudo perfecto y,

en agudo contraste, con una chaqueta de lana hecha a mano, azul marino intenso, dialogaba con Bernardo de pie al lado de su escritorio.

—Lupe es una jugadora extraordinaria, con un talento fuera de lo común —explicaba el hombre.

—¿La ha visto recientemente? —quiso saber Bernardo.

—En los últimos días, no. La semana pasada, creo.

—¿Y notó usted algo raro, cualquier cosa que le llamara la atención?

El hombre se colocó el nudo de la corbata con tiento mientras pensaba.

—Pues no —dijo al fin—. Ella no es... ¿cómo decir? Muy convencional. Pero nada me llamó la atención.

—¿Nerviosa, agitada, preocupada? —profundizó el inspector.

—No me parece. No sé... ¡Oiga! —pareció recordar algo útil el secretario—. Igual podría preguntarle a Olegario, su vecino. Juegan mucho.

—Ah, ¿y dónde puedo encontrarle?

—En aquella partida. —El hombre señalaba al fondo del salón, donde un hombre bastante mayor se enfrentaba a otro de mediana edad—. El que juega con las blancas.

Bernardo recordó la descripción que le había dado el barbero el día anterior y reconoció a su objetivo antes incluso de comprobar el color de las piezas con las que jugaba.

—Hablando de vecinos —añadió Bernardo antes de ir a conocer al tal Olegario—, ¿usted sabe cuál es la pescadería de la otra vecina de Lupe?

La sonrisa del secretario dejó bien a las claras cuál sería la respuesta.

—¡Claro! ¡Quién no conoce a Lucinda, la pescadera!

Cuando Bernardo se aproximaba a la mesa de los dos jugadores, el que jugaba con las piezas negras justo acababa de tumbar su rey, dando por perdida la partida. Ambos jugadores se levantaron y se estrecharon la mano un segundo antes de que Bernardo se presentara y se quedara hablando con Olegario, el vecino de Lupe.

El anciano, bajito, algo rechoncho y con unas cejas muy pobladas que le daban un aire de jugador de ajedrez soviético, contestó a todo lo que Bernardo le preguntaba, aunque

con una sensación perenne de mal humor. El barbero no se equivocaba: era bastante antipático. En todo caso, Bernardo no sacó nada en claro de la conversación y pronto puso rumbo a su siguiente destino.

Lucinda, la pescadera, era una señora grande y gorda, y atendía a sus clientes en su pescadería de la plaza cubierta con mucha gracia y salero. Bernardo esperó a que se fuera el último cliente para dialogar con ella. Era mucho más afable que su vecino, pero el resultado del interrogatorio informal fue el mismo: ninguna novedad.

Tras las pesquisas, Bernardo callejeaba pensativo por El Entrego resguardado con su paraguas de la persistente lluvia.

(«¿Dónde estás, Lupe?»).

5 - La directora



—¡Puf! ¡Estoy de la radionovela esta hasta el mismo moño! —La inspectora de estupefacientes Clara de la Orden, sentada a su mesa, rebuscó en su bolso un rato y se levantó como un resorte con algo en la mano.

La lluvia seguía impasible en aquella tarde del jueves y Bernardo llevaba un buen rato en la comisaría concentrado en sus pensamientos y hojeando papeles hasta que el movimiento de Clara llamó su atención. Eran los dos únicos inspectores allí en aquel momento.

De la Orden era una chica muy atractiva: alta, con muy buena figura, ojos verdes y una larga melena negra cogida en una cola de caballo. De tres zancadas llegó hasta la mesa de Honrubia y manipuló el radiocasete que el inspector dejaba siempre encendido en su emisora favorita.

— Clara — dijo Bernardo extrañado —, ¿qué ha...

De la Orden sacó una cinta de casete de la caja que llevaba y la introdujo en el reproductor para pulsar después el botón de *play* con un fuerte golpe.

— ... ces?

Los vivos sonidos de piano de *Gone Hollywood*, el primer tema del disco *Breakfast in America* de Supertramp, sustituyeron al torrente de palabras de la novela radiada. Clara sonrió.

— Mucho mejor — dijo ella para después acercarse a Bernardo — : ¿Qué me decías, BBC... esto... Bédavo?

— Nada — Bernardo comprendió y ambos escucharon la música durante un buen rato.

Ya sonaban los primeros acordes de *The logical song* cuando Honrubia entró con un papel arrugado en la mano y se detuvo al lado de Bernardo y De la Orden.

— Esto es para ti, BBC — dijo el albaceteño.

— No me llames BBC, Honrubia — respondió Bernardo.

— ¡Qué buena estás, Clarita! — El panzudo inspector omitía a Bernardo mientras miraba con lasciva desfachatez a De la Orden.

— ¡Vete a la mierda, Honrubia! — respondió con desprecio Clara — . Me voy, no puedo estar más tiempo al lado de este tarado. ¡Chao, Bédavo!

Bernardo despidió a De la Orden con la mano mientras Honrubia se asomaba al pasillo para ver alejarse la figura de la inspectora, negaba con la cabeza y se mordía el labio inferior.

— ¿Qué me traes, Honrubia? — reclamó Bernardo.

— Ah, sí. Han llamado del cuartel de los primos en Soto de Ribera. Que ha aparecido no sé qué coche al lado de la estación de Soto de Rey... Pero ¿en qué estás tú?

— Trae. — Bernardo le arrebató el papel de la mano, cogió su chaqueta del respaldo de la silla y salió disparado de la sala.

— ¿Qué hostias suena aquí? — Se oyó decir a Honrubia al quedarse solo.

La música de Supertramp seguía en la cabeza de Bernardo incluso después de llegar a Soto de Rey. Allí, un sargento de la Guardia Civil lo acompañó al aparcamiento detrás de la estación. El guardia rechazó resguardarse bajo el paraguas del policía y se mantuvo a la intemperie con su tricornio bien calado y embozado bajo su capote de invierno mientras examinaban el coche de Lupe, que estaba cerrado y sin ningún signo de nada extraño.

Nada inducía a pensar otra cosa que no fuese que Lupe había ido a la estación de Soto de Rey por algún motivo corriente. La indagación posterior con el personal ferroviario a partir de la descripción de Lupe tampoco dio ningún resultado: nadie había reparado en ella en esos días y nadie le supo decir cuánto llevaba el coche allí.

Bernardo acordó con el sargento que mantendrían vigilado el coche dos días más por si Lupe aparecía y, en caso negativo, llamarían a un taller para abrirlo y examinar su interior.

De vuelta al andén, el policía, con su billete en la mano, observaba tranquilamente cómo entraba en la estación el tren que venía de Oviedo y lo llevaría de vuelta a El Entrego, cuando una voz femenina se oyó a su espalda.

—Perdone, ¿este tren va para El Entrego?

Bernardo se giró para ver si se dirigían a él y lo que vio lo dejó pasmado. Al cabo, reaccionó y abrió la boca.

—¡Hostias, Pilar Miró!

Esa noche fue el tema de conversación.

— ¡Calla! —dijo Lucía asombrada—. ¿¿Conociste a Pilar Miró?!

Lucía miraba expectante a Bernardo. Estaban, junto con Tino y Clara de la Orden, sentados alrededor de una mesita en el Bar Conchoso, otra de las sidrerías famosas de El Entrego. El sonido de la lluvia repiqueteaba sin parar en el techo de uralita del pequeño comedor interior, que estaba, como toda la sidrería, abarrotado de gente.

— ¿Quién es Pilar Miró? —comentó Tino con cara de no tener especial idea.

—Es una directora de cine, Tino —le explicó Lucía con paciencia—. Es famosa por *El crimen de Cuenca*.

—Ni idea. Nunca estuve en Cuenca, inspector —Tino bebía ya despreocupado un culín.

— ¿Y hablaste algo con ella? —preguntó Clara tras negar con la cabeza mientras miraba a su novio.

— Bueno, le hice gracia y algo me contó en el tren —explicó Bernardo—. Venía de Madrid y le dijeron que hiciera transbordo allí para ir a El Entrego.

—Pero ¿qué se le perdió a Pilar Miró en El Entrego? —Clara no daba crédito.

—Es que está rodando una película en la central hidroeléctrica de Rioseco. Aquí la esperaban del equipo.

— ¡Ay, la leche! —exclamó Lucía—. ¿Te dijo el título? ¿Cuándo se estrena?

—Me dijo que se iba a llamar *Hablamos esta noche*. Del estreno no me dijo nada.

—Bueno... bueno... Pilar Miró —Lucía seguía asombrada.

—Cuando bajamos del tren —continuó Bernardo, evocador— miró alrededor y comentó: «Vaya, El Entrego tiene una luz especial».

—Pues como no le guste el gris panza de burra —apostilló Clara de la Orden—. ¡Lleva días que no para de llover!

—Una luz especial... —repitió Lucía con admiración.

—Especial... ¡especial es el hambre que tengo yo! —remató Tino.

Algunos minutos después, tras explicarle al camarero lo que querían comer, Lucía recordó el caso que había llevado a Bernardo a Soto de Rey.

—¿Y la ajedrecista, Bernardo? ¿Apareció?

—Nada. Solo su coche.

—Pues vaya misterio, inspector.

—Un puto enigma, Tino... un puto enigma.

6 - La fuga de Lupe



La mañana del viernes no trajo ninguna novedad al estado del tiempo y la lluvia, aquel día fina pero constante, mantenía empapado al pueblo.

Pepe, el Minero, apoyado a un tiempo sobre su bastón y sobre el puño de madera de su gran paraguas negro, contemplaba a Bernardo que, a su lado, sujetaba también un paraguas cerrado. Ambos llevaban un rato de conversación bajo la gran marquesina de forja que cubría el andén principal de la estación del Norte de El Entrego.

— ...esperando el tren para ir a la Comisaría, sí — terminaba de decir el policía.

El Minero asintió sin más.

— Pero no me cambie de tema — continuó Bernardo —: ¿Cómo es que conoce a Máximo López, el que da nombre a la peña de ajedrez? Es usted un pozo de sorpresas.

— Pues no sé por qué. — Pepe colocó su boina adelante y atrás —. Es de aquí. No vive aquí, pero es de aquí.

— Bueno, pero debe de ser famoso, ¿no?

— Quedó subcampeón de España en el 59 — explicó el Minero.

— ¿Y jugó usted contra él? — quiso saber Bernardo.

— Alguna vez...

— ¿Y lo ganó?

Pepe sonrió con cierta malicia y miró al cielo.

— ¿Lo ganó? — insistió Bernardo.

Pepe, en silencio, abrió el paraguas y, quieto, miró a Bernardo.

— Mayormente. — Y el Minero guiñó uno de sus ojos azules y se fue apaciblemente en dirección al parque mientras Bernardo sonreía y lo contemplaba alejarse.

(«Es enorme...»).

— ¡Oiga! — Protestó una señora que pasaba por delante de Bernardo con una niña claramente obesa —. ¡Bastante tiene la niña ya!

— ¿Qué...? No... Perdona... — intentaba explicarse el policía al tiempo que, azorado, se colocaba el flequillo.

La niña lloraba ya con desconsuelo.

— ¿Ve lo que hizo? ¡Caradura!

El tren recién llegado abría en ese instante sus puertas y Bernardo, que no veía salida fácil al barullo que montaban ya señora y niña, decidió saltar a su interior antes incluso de que descendiera ninguno de los viajeros que llegaban. En clara huida por el interior del tren, el policía cruzó varios vagones hasta que se detuvo casi al final del convoy. Iba a sentarse por allí cuando unos ladridos que parecían sonar dentro del vagón captaron su atención y miró distraído en dirección al sonido animal.

— ¡Hostias! — exclamó Bernardo atónito.

Una inconfundible figura abandonaba el tren seguida por un perro. Bernardo se levantó como impulsado por un muelle y se agachó para escudriñar por la ventanilla.

— ¡Guadalupe, Guadalupe!

Efectivamente, Lupe, con su peculiar indumentaria y sus canas ondeando al viento, caminaba con el perro a su lado, completamente ajena a las llamadas de Bernardo, que salía ya en su persecución.

— ¡Guadalupe! ¡¡Lupe!!

La chica se paró entonces y, al volverse, vio a Bernardo que llegaba a su altura después de una pequeña carrera y provocaba nuevos ladridos del perro.

— Tranquilo — calmó ella al perro al tiempo que le acariciaba con suavidad la cabeza.

— Lupe, ¿me recuerda? — dijo el policía en un tono afable—. De la Comisaría.

— Mmm. — Lupe apretó los ojos y la frente en un esfuerzo por recordar—. ¡Ah!, sí: en la mesa al lado de la puerta.

— Correcto. Buena memoria.

— Bueno — respondió la chica, un tanto descreída—. ¿Quería algo?

— ¿Iba usted a su casa?

— Sí, claro — respondió Lupe con el tono de quien dice una obviedad.

— La acompaño y se lo cuento allí. ¿Le parece?

— Si quiere... — Lupe elevó las cejas y asintió al tiempo que encogió sus hombros.

Resguardados los dos bajo el paraguas del inspector y con el perro muy cerca de Lupe, en poco tiempo estaban frente al portal del edificio, muy cercano a la estación. Al lado, el barbero cortaba el pelo a un cliente al tiempo que, gracias al gran espejo frente a él, no se le escapaba la llegada de su vecina y de Bernardo. La melodía de *Riders on the Storm*, procedente de la radio de la barbería, se colaba hacia la calle por una ventana entreabierta y su inconfundible pulso acompasado con la lluvia creó un momento singular en el que, envueltos por el ambiente, Bernardo miraba a Lupe mientras ella miraba al perro. Después, el policía cerró el paraguas y entraron.

— ¿Así que tiene un perro? — preguntó el inspector, que ya subía las escaleras tras ella y el animal.

— Estos días, sí — respondió Lupe misteriosa colocando detrás de la oreja un mechón de su melena gris.

La sorpresa de Lupe al ver el desorden en su casa le pareció sincera a Bernardo y durante un buen rato se dedicaron (ella sobre todo) a restablecer la normalidad y las ubicaciones originales de todos los objetos fuera de lugar. La chica operaba en silencio, tranquila y sin aspavientos. Se detuvo especialmente con las piezas de ajedrez, que colocó con todo cuidado sobre el tablero en correcta disposición para comenzar una partida.

El perro y sus ladridos, mientras ellos se afanaban, iban y venían sin que la calma consiguiese llegar al animal, pese a las frecuentes caricias de Lupe que no perdía la paciencia con él ni una sola vez.

Cuando todo estuvo recogido, Lupe se llevó el samovar ruso a la cocina para limpiarlo con cuidado y Bernardo permaneció sentado en el sofá un tiempo indeterminado. Observaba en silencio el salón, sus muebles, sus pósteres, al perro que entraba y salía... hasta que llegó Lupe y se sentó a su lado.

—¿Qué pasó aquí el día que se fue, Lupe? —preguntó al fin el policía—. ¿Y dónde ha estado?

La chica acarició dulcemente al perro entre sus orejas y permaneció así unos minutos.

—No puedo contestar —dijo Lupe tras su reflexión.

—¿Y eso?

—No recuerdo nada.

Curiosamente, la respuesta no extrañó a Bernardo, que no dudó de la sinceridad de su interlocutora.

—¿Nada? —acabó por preguntar el inspector.

—Nada. Pero no es raro, ¿sabe?

Bernardo arrugó levemente la frente a la espera de más detalles.

—Se llama fuga disociativa —concluyó Lupe.

Dos ladridos más y su eco ocuparon la habitación unos segundos. Bernardo pensó en lo que acababa de oír.

(«Fuga disociativa»).

7 - El crimen



— Desde los dieciséis años. — Lupe le explicaba a Bernardo mientras encendía una de las varitas de sándalo del aparador librería—. Una semana fugada. Fui hasta Barcelona. A mis padres casi les da un infarto. — Se dirigió entonces al perro que seguía ladrando periódicamente —: Cálmate, anda.

— Deduzco que no fue una fuga voluntaria — comentó Bernardo.

Ella cogió el soporte de la varita, ya humeante, y lo llevó hasta la mesa grande del salón. Se quedó allí de pie, apoyada contra la mesa, y se cruzó de brazos y pies.

— Nunca recuerdo nada. — Lupe miraba al suelo—. Viajo. A veces llego de vuelta sin darme cuenta. A veces soy consciente lejos todavía.

— Pero ¿no puede ser peligroso? — Bernardo se frotó la nariz al sentir un leve picorcillo al terminar de hablar.

— Bueno — explicó Lupe, que ahora lo miraba a él —, no es que vaya con los ojos cerrados, ¿eh? Es solo que no soy consciente de quién soy ni de por qué viajo.

El picor en la nariz de Bernardo aumentaba proporcionalmente a la difusión del aroma del sándalo perfumado al quemarse.

— Pues sí que es especial, sí — dijo Bernardo, que presionaba ahora la punta de su nariz hacia atrás con un dedo a ver si así frenaba la incómoda sensación.

Lupe observaba las maniobras del policía con su nariz a la vez que estaba pendiente del perro que, sin parar de moverse por toda la casa, seguía con sus ladridos.

— Cálmate, venga. — Tras decir esto al animal, Lupe se irguió, conectó el samovar y se dirigió a Bernardo —: ¿Quiere una taza de té?

— Bueno. ¡Achís! — Bernardo sacó su pañuelo y se sonó con fuerza; el ruido de sus fosas nasales se juntó con dos ladridos más.

— ¿No será alérgico a los perros?

— No, yo creo que es... — Bernardo apuntó al sándalo humeante —. ¡Achís!

— ¡Ah! Lo apago, lo apago. Tenía que haberme avisado.

Un buen rato después, Bernardo y Lupe, de pie en el salón, parecían despedirse. La varita de sándalo descansaba inerte en su soporte, seguramente ya fría, y la dueña de la casa le daba algún sorbo a la taza de té que tenía entre sus manos. La nariz de Bernardo había recuperado la normalidad y el perro continuaba con su música por un lado y por otro.

— Su perro no acaba de tranquilizarse.

— Yo no tenía perro. No sé dónde se me ha acoplado —explicó Lupe.

— ¿Y va a seguir con él?

— Ahora que no tengo gato... — La chica miraba al animal con cariño.

— Visto así...

— No entiendo quién ha podido asesinar a Spasski.

La cara de Bernardo mostraba a las claras que no entendía.

— Mi gato. Es por... —comenzó a aclarar Lupe.

— El campeón que perdió con Fischer, sí. — Bernardo señaló el poster del americano.

Lupe se volvió también hacia el rostro de Fischer, que les miraba directamente.

— Fischer era el mejor —acabó por decir ella.

Bernardo asintió un par de veces.

— ¿Puedo preguntarle algo? —dijo el policía.

— Claro.

— Los otros pósteres... — Bernardo movió la mano a su alrededor, señalando hacia las paredes y deteniéndose en uno que reproducía un cartel anunciador de una corrida de toros en Oviedo el 15 de mayo de 1969, con la imagen central de un toro y un torero y aquellas grandes letras: Paquirri, Teruel, Ángel Márquez —. ¿Le gustan los toros?

—No. —Ella contestó sin dudar—. Me gustan los colores.

—Ah. ¿Y los de cine? ¿También por los colores?

—No. —Tampoco dudó Lupe en esta ocasión—. Esos son porque me encanta el cine.

—Ya veo.

Ambos sonrieron con sus miradas detenidas sobre Cary Grant en *Con la muerte en los talones*.

—Bueno, Lupe, yo me voy a ir —anunció finalmente Bernardo a la vez que cogía ya su paraguas del paragüero de la entrada.

—Inspector —dijo ella—, ustedes no investigan asesinatos de gatos, claro.

—Me temo que no.

—Una pena.

—Cuidese. —Bernardo cogía ya la manilla interior de la puerta.

La chica asintió con una sonrisa al tiempo que se agachaba a acariciar al perro, que a intervalos regulares seguía con sus ladridos.

—Shhh, calma —susurraba Lupe al animal.

En ese mismo momento, Lucinda, la pescadera, llegaba al descansillo del tercer piso con una gran bandeja metálica entre las manos sobre la que descansaba, rodeada de perejil, una enorme merluza fresca. La pescadera, en una postura complicada, tenía ya un dedo sobre el timbre cuando la puerta se abrió de repente y apareció Bernardo con su paraguas en la mano.

—¡Ay, madre, qué susto! —gritó sobresaltada Lucinda en su potente asturiano de vendedora de mercado.

—¡Hostias! —Bernardo se asustó igualmente y dio un pequeño salto hacia atrás—. Perdón, perdón —se disculpó por el exabrupto.

Lupe, que desde donde estaba no podía ver el descansillo, asomó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¡Ah, Lucinda! ¡Hola!

—Hola, hija. Que ya te oí llegar. —Y, al perro, cariñosa—: Hola, guapo. ¡Vaya perrito más guapo!

El perro, que de repente había dejado de ladrar, se acercó a la pescadera para frotarse satisfecho contra sus faldas, momento que aprovechó Bernardo para marcharse definitivamente.

—Bueno, yo ya me voy.

Bernardo comenzó el descenso por las escaleras. El diálogo de las dos vecinas se perdía poco a poco.

—Te traigo una merlucina, guapa, que sé que te gustan mucho.

—No tenías que traer nada...

—Calla, boba...

A pocos pasos de la salida, Bernardo se quedó en completa oscuridad. Buscaba a tientas el pomo para abrir la puerta de la calle cuando los ladridos del perro, especialmente insistentes y nerviosos, inundaron con fuerza el hueco de la escalera.

(«Pues vaya música con el perro»).

Sin que los ladridos dejaran de sonar, Bernardo encontró al fin la puerta del portal y ya iba a tirar de ella cuando un sonido procedente de los pisos superiores retumbó, seco y brutal.

¡BANG!

Bernardo, que había identificado el ruido de inmediato, tiró su paraguas, sacó su revólver reglamentario y emprendió una frenética ascensión hacia las plantas superiores.

Devoraba los escalones de tres en tres.

8 – Ha dejado de llover



Con el revólver Astra 960 fuertemente empuñado, Bernardo llegó al descansillo de la tercera planta envuelto en jadeos.

Lo único que se oía era su respiración agitada.

Bajo el marco de su puerta, Lupe, claramente asustada, tapaba su boca con una mano y sujetaba con la otra al perro, que, quieto a su vera, había dejado de ladrar y miraba al frente con ojos confusos, interrogantes.

En el centro del rellano, Lucinda estaba con la boca abierta e inmóvil. Del brazo izquierdo, inerte, le colgaba la bandeja, apoyada en el suelo. Del brazo derecho, igualmente inmóvil y extendido a lo largo de su cuerpo, colgaba la merluza, que su mano, blanca de tanto apretar, sujetaba con fuerza por la cola.

—Nos quería matar... nos quería matar. — Lucinda, en *shock*, hablaba como un autómata.

Frente a ambas mujeres, un cuerpo de hombre yacía quieto en el suelo. Vestía un anticuado batín y se le había salido de un pie una de las ajadas pantuflas que calzaba. La cabeza, girada de tal manera que Bernardo, desde su posición, no podía ver el rostro, estaba pegada a la estructura metálica que sujetaba la barandilla. El policía se acercó y pronto pudo ver un charco de sangre, que parecía originarse en la nuca de aquel individuo y se acumulaba ya en el suelo. Le tomó el pulso en la yugular al tiempo que empujaba un poco una mejilla para ver su cara.

— ¡Olegario! —dijo Bernardo al reconocer al anciano ajedrecista, vecino del segundo piso.

— Nos quería matar... —repitió Lucinda en el mismo tono desorientado.

Bernardo omitió a la pescadera y siguió en cuclillas, puesto que Olegario tenía entre sus manos, en una extraña postura, una gran escopeta de caza. Bernardo extrajo su pañuelo blanco de tela del pantalón y frotó el extremo del cañón por fuera y también por dentro. La tibieza del metal y la mancha oscura del pañuelo revelaron claramente lo que ya suponía: el disparo que había oído provenía de aquel arma.

— Nos quería matar... —volvió la pescadera con su letanía.

— Pues el muerto es él: no tiene pulso —explicó el policía. Y, luego, a Lupe—: ¿Qué ha pasado aquí, Guadalupe?

Lupe, despacio, quitó la mano que tapaba su boca y empezó a relatar.

— Ha subido gritando como un poseso con la escopeta en ristre.

Bernardo se acercó a la chica.

— ¿Gritando? —preguntó él.

— Nos quería matar... —dijo una vez más Lucinda.

— Gritaba «¡Primero el gato y ahora el perro!, ¡el puto perro!, ¡el puto perro!» —continuó Lupe—. No dejaba de decir «el puto perro».

— ¿Y después?

— Lucinda se dio la vuelta y, cuando Olegario puso el pie en el descansillo y nos encañonó, cogió la merluza y le dio en toda la cara. ¡Pero en toda la cara!

— ¿Con la merluza? —Bernardo no daba crédito.

— Nos quería matar...

Un día después, el tema de conversación seguía siendo el mismo. En «El Bar», como cualquier otro sábado por la tarde, tanto la barra como las mesas estaban a rebosar. Un camarero echaba sidra en la mesa en la que estaban sentados Lucía y Bernardo.

— Al final —dijo ella tras tirar lo que sobraba del culín sobre el serrín del suelo—, se cumplió la premonición.

Bernardo asentía a la vez que bebía el culín que le acababan de echar.

— Tremendo — comentó tras terminar de beber —. Un asunto rarísimo.

— Pero, oye, sí que hubo un asesinato antes del domingo.

— Asesinato, no, Lucía.

— Bueno, ya salió el tiquismiquis con su precisión — protestó guasona ella —. Vale: homicidio.

— Ni siquiera: legítima defensa con resultado de muerte.

— Jopé, Bernardo. La cosa es que al final murió una persona antes del domingo. Que fue lo que la chica dijo cuando fue a la comisaría.

— No lo dijo así exactamen...

— ¡Que sí, que lo que sea! — interrumpió Lucía con cierta exasperación para luego fijarse en la puerta del local y sonreír ampliamente —. ¡Ah, mira! Ahí vienen Tino y Clara.

Bernardo, que estaba casi de espaldas a la puerta, se giró para ver entrar a sus dos colegas y amigos, que se acercaban ya.

— Coño, inspector, tú bebiendo sidra. — A Tino no le pasó desapercibido que la sidra era lo único que había sobre la mesa —. ¿Qué celebramos? — Y, buscando al camarero con la mirada —: ¡Campeón, sidra aquí!

— Bueno — comenzó a decir Bernardo —, todo cambia, nada permanece, el mundo no deja de girar...

— Joder, inspector — Tino bebía ya un culín de sidra —, ¡qué trascendente!

Lucía sonreía nerviosa.

— Díselo ya, Bernardo — apremió.

— ¿Eh? Decirnos, ¿qué? — preguntó Tino, que realmente miraba las evoluciones de Lee Van Cleef en una película del oeste que se podía ver en la televisión de la sidrería.

Bernardo aún se hizo de rogar un rato más y en ese rato de silencio expectante de todos ellos, la Primera Cadena hizo un corte brusco a publicidad y Ángel Casas apareció anunciando su programa Musical Express para el día siguiente, domingo por la tarde, en la Segunda Cadena. La música inundó por unos instantes la Sidrería La Laguna.

—Pues que me voy a vivir con Lucía —acabó por decir Bernardo envuelto por la apasionada voz de Patti Smith en *Because the night*.

—¡Vaaaaya! —Tino se sentó, muy atento a su amigo—. Un tiempo nuevo empieza, inspector.

Clara de la Orden, que seguía de pie y terminaba en ese momento su culín de sidra, miraba a la calle fijamente.

—¿Habéis visto? —La inspectora señalaba al exterior.

—¿Qué? —preguntó Lucía.

—¿Qué? —Era Bernardo el que preguntaba a continuación.

—Estoy seco. ¡Guaje, otro culín! —dijo Tino sin prestar mucha atención, lo cual le valió llevarse un manotazo de Clara que lo centró rápidamente—. ¡Hey! ¿Qué, qué?

Todos miraron en la dirección que señalaba De la Orden. Un rayo de sol procedente del horizonte, sobre el parque de La Laguna de El Entrego, entraba por los cristales de la entrada de la sidrería y refulgía sobre mesas, botellas, camareros y clientes.

Clara sonrió y les explicó, satisfecha.

—Ha dejado de llover.

FIN